

Estados Unidos: entre la construcción y la consolidación de la hegemonía

Jerónimo RÍOS SIERRA
Universidad EAN (Colombia)
jriossie@ean.edu.co; jeronimo_rios@hotmail.com

Perry Anderson (2014) *Imperium et Consilium. La política exterior norteamericana y sus teóricos*. Madrid: Ediciones Akal, 250 pp. ISBN: 978-84-460-4000-2.

Imperium et Consilium recoge en formato de libro dos ensayos “Imperium” y “Consilium” que vieron la luz en octubre de 2013 en el número 85 de *New Left Review*, un monográfico dedicado a la “American Foreign Policy and Its Makers”. La hipótesis nuclear del trabajo de Anderson es sencilla y constantemente perceptible a lo largo de todo su trabajo: analizar y plantear el alcance y sentido por el cual, Estados Unidos, paulatinamente, ha ido desarrollando su noción hegemónica, dentro de una lógica evolutiva, de ascenso, triunfo y madurez de la hegemonía —pues la decadencia para el autor no ha llegado—, y que de manera más compleja recogen trabajos como los de Gordon¹, Wallerstein² o Modelski³.

El punto de partida ascendente de Estados Unidos se puede encontrar una vez que, conformado el proceso de ruptura colonial con Reino Unido, comienza a desarrollar su expansión (*Far West*) y consolidación territorial en buena parte del norte del continente americano, donde resuelve intereses enfrentados con Rusia, por Alaska, y con buena parte del entonces norte de México. La consolidación que sobre este escenario protagoniza en buena parte del siglo XIX, expresada en la máxima de la Doctrina Monroe (1823) “América para los americanos”, poco a poco va encontrando su acomodación, en una rara confluencia de imperialismo de libre comercio, hegemonía sobre el hemisferio occidental y animadversión a la presencia de las potencias coloniales europeas en retirada.

De hecho, la Guerra de Secesión (1861-1865) no afecta a esta particular visión que queda manifiesta, en su máxima expresión, en las guerras coloniales de Cuba contra España, conocidas en España como el “desastre del 98”, y de Panamá con Colombia, que sin tintes coloniales, y denominada como la Guerra de los Mil Días,

¹ D. M. Gordon: “Stages of accumulation and long economic cycles”, en T. K. Hopkings e I. Wallerstein (eds.) *Processes of the World System*. Berkeley: Sage, 1980.

² I. Wallerstein: “Long waves as capitalist process”. *Review*, núm. 7, 1984, pp. 559-575.

³ C. Modelski: *Long Cycles in World Politics*. Londres: Macmillan, 1987.

supuso una injerencia en un asunto más propio del país andino pero que afectaba a unos intereses geoestratégicos más generales, por la oportunidad que el canal representaba, que Estados Unidos no estaba en disposición de dejar pasar.

Esta tendencia ascendente, primeramente en términos hemisféricos, terminaría siendo de dimensiones globales, después de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, que espolean a Estados Unidos al frente de la hegemonía occidental global, en conflicto con la Unión Soviética, y que permiten la posibilidad de mostrar al mundo el *hard power* desarrollado desde la hegemonía militar que acompaña al *Imperium* (p. 178). Asimismo, este poder requiere de dosis de legitimidad, entendidas bien en clave netamente doméstica, bien, a lo sumo, en clave occidental, pero que en todo caso requieren de discursos legitimadores y relatos teóricos que, por un lado, garanticen la supervivencia de la hegemonía, en términos de evidencia directa, pero también a modo persuasivo y retributivo⁴, y de otro, permitiendo conciliar en el imaginario global (occidental) legitimidad y autoridad. En otras palabras, la función del *Consilium*.

A tal efecto, para Anderson cabe inferir que la visión escéptica que determina la comprensión *hobbesiana* de la sociedad, determina la posición realista estadounidense de forma constante. Así se recoge cuando señala que quienes construyen la política exterior estadounidense lo hacen a modo de consejeros del Príncipe de Maquiavelo, interpretando el sistema internacional como una arena en la que “el drama nunca cesa: golpes de Estado, crisis, insurgencia, guerras, emergencias de toda índole y así, salvo en el caso de tratados que tengan que ser aprobados en la legislatura, ninguna decisión tiene jamás consecuencias perceptibles” (p. 166). Al respecto, y con toda lógica a lo planteado por Anderson, no se puede sino recordar, por ejemplo, el trabajo sobre los Vulcanos de Bush publicado hace unos años por James Mann⁵ (2008) y que guarda mucha relación con esta afirmación.

A tal efecto, la hipótesis de Anderson tiene mucho que ver en la idea de cómo a Estados Unidos, en su cosmovisión de imperio, y a pesar de narrativas liberales, construidas bien desde el idealismo de los años veinte, bien desde el funcionalismo de mediados de siglo, bien desde los aportes de Keohane y Nye⁶ —como la noción de interdependencia compleja— lo cierto es que, todas ellas operan a modo de barniz de superioridad, en cuanto a la lógica práctica, y, en última estancia, de razón de Estado, que resultan incompatibles con la matriz estatal del neorrealismo. La “razón realista” es concebida desde y para Estados Unidos, y mayoritariamente se evoca en una suerte de realismo preventivo, más allá de Truman, Nixon o Reagan, ha sido más recientemente proyectado por George W. Bush o el mismo Barack Obama, cuando amenazó a Irán con una posible guerra preventiva (p. 146) y que, cuando se ha tratado de otros contextos de injerencia más impopulares, no ha dudado en servirse, a lo sumo, de un multilateralismo coercitivo, como el desarrollado con motivo de la intervención en Libia.

⁴ Ver S. Lukes: *El poder. Un enfoque radical*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1986.

⁵ J. Mann: *Los Vulcanos. El gabinete de guerra de Bush*. Granada: Almed, 2008.

⁶ R. Keohane y J. Nye: *Poder e interdependencia*. Buenos Aires: Grupo Editorial Latinoamericano, 1988.

La narración del destino manifiesto ya se evoca a mediados del siglo XIX, cuando se ensalzaba la idea de que “el cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha asignado la Providencia para el desarrollo de un gran experimento de libertad y autogobierno federado” (p. 12). Dicho otro modo, un determinismo aderezado con dosis de etnocentrismo hegeliano que invita a entender una superioridad moral de Estados Unidos y que concita democracia y libertad, en términos muy particulares, que sin embargo van a cimentar su proyección global en el siglo XX.

Esta consideración, entiende Anderson, está presente en dos de los presidentes que modulan la proyección hegemónica de Estados Unidos, primero Woodrow Wilson, tras la Primera Guerra Mundial, y después Frankin D. Roosevelt. Ambos, reputados habitualmente de idealistas pragmáticos, para Anderson no son más que ortodoxos alineados con la referida razón de Estado. Wilson aunaba religión, capitalismo, democracia, paz y poder con base en un determinismo mesiánico que, en paralelo, se servía de recurridas intervenciones como las de México, Cuba, Haití o República Dominicana, pero nada comparables con la participación, desde 1917, en la Primera Guerra Mundial. Intervención para la cual “Estados Unidos gozaba el infinito privilegio de cumplir su destino y salvar el mundo” (p. 16).

Algo similar sucedería con Roosevelt, “etnocéntrico y nacionalista”, de quien reconoce que su entrada —oportunista— en la Segunda Guerra Mundial se debe más a su animadversión hacia Alemania o Japón —que, empero, no es extensible a Italia, Francia o España, a tenor de la bondadosa percepción que tenía de personajes como Mussolini, Pétain o Franco (p. 29)—.

Es desde entonces cuando mejor se comprende la noción de *Imperium et Consilium* que pregona Anderson. Desde Truman a Reagan sigue haciéndose palpable los instrumentos de la geopolítica del poder, con teóricos de la talla de Spykman⁷, Kennan⁸, Waltz⁹, Cohen¹⁰ o Brzezinski¹¹, quienes evocan una continuidad que apenas muta en pequeños matices y que responde a la lógica constante de preservar la hegemonía y el poder. Incluso, ello trasciende, ya en la posguerra Fría, con Bush padre e hijo, de un modo más marcado, de acuerdo a lo propuesto por Stopford, Strange y Henley¹², Rice¹³ o Kagan¹⁴, entre muchos otros.

⁷ Ver N. J. Spykman: *The Geography of the Peace*. Nueva York: Harcourt, 1944.

⁸ Ver G. F. Kennan (Mr. X): “The Sources of Soviet Conduct”. *Foreign Affairs*, vol. 25, núm. 4, 1947, pp. 566-582. [URL: <<https://www.foreignaffairs.com/articles/russian-federation/1947-07-01/sources-soviet-conduct>>. Consultado el 15 de julio de 2015].

⁹ Ver K. Waltz: *Foreign Policy and Democratic Politics: The American and British Experience*. Nueva York: Brown and Company, 1967.

¹⁰ Ver S. Cohen: *Geography and Politics in a World Divided*. Nueva York: Oxford University Press, 1973.

¹¹ Ver Z. Brzezinski: *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus intereses geoestratégicos*. Barcelona: Paidós, 1998.

¹² J. Stopford, S. Strange y J. S. Henley: *Rival States, Rival Firms*. Nueva York: Cambridge University Press, 1991.

¹³ C. Rice: “Campaign 2000: Promoting the National Interest”. *Foreign Affairs*, vol. 79, núm. 1, 2000, pp. 45-62. [URL: <<https://www.foreignaffairs.com/articles/2000-01-01/campaign-2000-promoting-national-interest>>. Consultado el 15 de julio de 2015].

Los términos que baraja Anderson son transparentes. Desde un revisionismo histórico, se encuentra próximo a trabajos como los de Schurmann¹⁵, para quien Estados Unidos es más imperialista que expansionista por su vocación de organizar y dominar el mundo desde la dimensión económica del modelo estadounidense representado en Bretton Woods, es decir, por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Toda una antítesis narrativa a la teoría del *rollback* de Allen Dulles, esto es, de obligar a retirarse al enemigo trascendiendo la contención tradicional. Esta contención, para Spykman¹⁶ se entendía como el temor a la caída de un país en manos del comunismo en tanto que podía suponer una inevitable derrota de los intereses estadounidenses en los países fronterizos. Ello, forjaba imperiosamente la necesidad de pactar alianzas como fueron, desde ese contexto, la OTAN, la CENTO o la SEATO. Cohen¹⁷ iría más allá, desmitificando la unidad del análisis de Spykman, y centrándose, primero, en distinguir “las regiones geoestratégicas”, globales, de las “regiones geopolíticas”, regionales, y enfatizando la necesidad de entender los “cinturones de quiebra” —es decir, cuando entre dos regiones geoestratégicas concurrían dos regiones geopolíticas, como era el caso de Oriente Medio y el Sudeste Asiático—, en una teoría que, además, se ampliaría hacia otras regiones en la década de los 80.

De todo este corpus teórico, muy probablemente, quien peor parado queda es George Kennan, firme defensor de las ideas de intervención y contrarrevolución, pero que Anderson descalifica como antisemita y militarista preventivo a la máxima potencia. Basten estas palabras: “Con diez impactos certeros de bombas atómicas [...] inutilizaremos prácticamente el potencial bélico de Rusia sin demasiadas bajas y sin poner en juego el prestigio o la reputación de Estados Unidos” (p. 43).

Con base en lo planteado, es normal que la seguridad se erigiese como el pivote nuclear desde el que construir la posición de Estados Unidos en el sistema internacional, y muy especialmente, una vez que la “Doctrina Truman” favorece el desarrollo de la *National Security Strategy*, el Estado Mayor Conjunto, la Agencia Central de Inteligencia y el Centro de Seguridad Nacional. Todo este andamiaje, unido a una hegemonía militar sin precedentes y a un *Consilium* teórico desde un realismo que, seis décadas después, sigue siendo el dominante en la disciplina de Relaciones Internacionales, ha sido la triple constante de la conformación hegemónica de Estados Unidos en las últimas décadas.

Claro está, la hegemonía como tal requirió de una reconstrucción inmediata de Europa que, tras la Segunda Guerra Mundial, y sumida en una crisis sin precedentes, amenazaba con poner en peligro la oferta estadounidense, de alto valor agregado, y que traía nuevamente los fantasmas del crack de 1929. He de ahí la necesidad de un Plan Marshall, por valor de 14.000 millones de dólares, y un apoyo al proce-

¹⁴ R. Kagan: *Poder y debilidad*. Madrid: Taurus, 2003.

¹⁵ F. Schurmann: *The Logic of World Power: An Inquiry into the Origins, Currents, and Contradictions of World Politics*. Nueva York: Pantheon, 1974.

¹⁶ Spykman: *op. cit.*

¹⁷ Cohen: *op. cit.*

so de la Europa de los Seis que, cumplió con sus objetivos, y consolidó altos niveles de crecimiento económico durante la década de los 50 y 60. Como reconoce el propio Anderson, “los fondos del Plan Marshall trajeron la ayuda económica, la OTAN proporcionó un escudo militar. El Pacto Atlántico se firmó en 1949” (p. 66). La prioridad junto a Europa, y particularmente, Alemania, era Japón, un Estado que rápidamente se alineó con la posición estadounidense a tenor de que se trataba de una invitación del *Imperium*, dentro de la lógica amigo-enemigo de la Guerra Fría, para formar parte de su entramado de aliados, lo cual, en todo caso, distaba de hacer parte del *Imperium*; una cuestión bien diferente.

Tras Europa y Japón estaba América Latina. América Latina fue su perfecto *back-yard*. Tras la hipocresía de un escenario de concertación de políticas, formal pero desnaturalizadamente construido desde la promoción de la democracia y los derechos humanos, el espacio interamericano, en torno a la Organización de Estados Americanos y, simbólicamente, coadyuvado por el TIAR, se evidenciaba la doble intención estadounidense. Un *Consilium* en el que la causa occidental, anti-comunista, alineaba a América Latina con respecto a Estados Unidos en los márgenes de la Guerra Fría —para lo cual, finalmente, era indiferente si en ello los términos transitaban de democracias hacia dictaduras militares—. Para cuando no fuese así, quedaba el *Imperium*, que sufrieron gobernantes como Arbenz en Guatemala (1954), Castro en Cuba (1961), Allende en Chile (1973) u Ortega en Nicaragua (1981).

En Asia oriental la cuestión resultó mucho más compleja, con independencia del fracaso de Vietnam. En China, a pesar de la revolución de 1949, la ruptura chino-soviética de 1962 y la “diplomacia del ping-pong”, orquestada por el binomio Nixon-Kissinger, abrió una posibilidad que terminó siendo verdaderamente exitosa en la proyección de Estados Unidos en Asia y, sobre todo, en la contención de la Unión Soviética. En esta lógica, durante mucho tiempo dominó la teoría de la contención de Spykman¹⁸, con especial mira al Sudeste Asiático y, concretamente, Birmania, Indochina, Malasia y Filipinas.

No menos sencilla resultó la proyección de Estados Unidos en Oriente Medio, gracias a la creación a mediados del siglo pasado del Estado de Israel, que abrió un pivote geopolítico de gran importancia para proyectar y satisfacer los intereses de Estados Unidos en la región. Aunque el Pacto de Bagdad (1958) alineaba militarmente a buena parte de la región con la Unión Soviética, las tensiones se focalizaron en tres puntos. En primer lugar, el derrocamiento de la monarquía iraquí que desvirtuaba el apoyo manifiesto de Iraq, Irán, Turquía y Paquistán a Estados Unidos. En segundo lugar, la difícil relación con Nasser, mandatario egipcio, que resultaba, por sus pretensiones panarabistas, una amenaza para Israel pero que, por la forma cómo se desarrollaron los conflictos de 1967 y 1973 que condujo a la victoria israelí en la región, permitió a Estados Unidos, tras un cambio de gobierno, encontrar uno de los que, tradicionalmente, ha sido uno de sus más importantes

¹⁸ Spykman: *op. cit.*

aliados en materia de política exterior y cooperación militar. Por último, la Revolución iraní de 1979, que puso contra las cuerdas al presidente Carter por el escándalo de la toma de la embajada estadounidense en Teherán, y que no tardó en encontrar un bálsamo en la invasión iraquí que Saddam Hussein dirigió al tomar en 1980 la rica región petrolera de Juzestán, en un despliegue militar que casi supuso la movilización de 200.000 soldados y que, con el apoyo de la Liga Árabe, terminó por infringir una derrota a Irán, en 1988, afin a los intereses de Estados Unidos, pero cuya posición antes había quedado desvirtuada cuando en 1986, el *Irangate*, saltó a la luz por la venta de material militar que Estados Unidos había dirigido al Estado chiita.

Mucho más clara fue la intervención sobre África, donde Estados Unidos sirvió de auxilio a la descolonización, manteniendo siempre una importante distancia con respecto a la vieja y colonial Europa. La reacción argelina era una rareza en el escenario poscolonial, si bien en los enclaves con mayores intereses estadounidenses, como Angola, tampoco se acumularon éxitos, como tampoco sucedió tras la invasión de Somalia, en 1977. A lo sumo, se trataba más de preservar el interés estadounidense por medio de un cúmulo de relaciones políticas, económicas y diplomáticas que obviasen la razón democrática, y que perfectamente pone de manifiesto Lee Anderson en su último trabajo¹⁹. Solo Congo y algunos enclaves más, dignos de “imperialismo humanitario”, mostraron otro tipo de vías desde las que intervenir.

El fin de la Guerra Fría marca un nuevo contexto, de unipolaridad, del que no obstante, trabajos como los de Fukuyama²⁰ o Huntington²¹ dan buena cuenta. De hecho, como señala Anderson, para 1992 “ya habían caído los gobiernos de Yemen del Sur, Etiopía y Afganistán; Angola había entrado en razón y Nicaragua estaba en buenas manos. En el Tercer Mundo, no quedaba casi ningún gobierno que se definiera como socialista” (p. 121).

Así, una vez finalizada la alteridad que para Estados Unidos suponía, en todos los términos, la Unión Soviética, había que construir los nuevos enemigos y las nuevas guerras. Naciones Unidas y la emergente OMC servían para construir la arquitectura de un sistema internacional basado en Estados Unidos y que construye su inalterado principio de injerencia en lo que fue denominado como *New World Order* por George Bush, con base en el imperialismo humanitario, la retórica justificadora de los Derechos Humanos, las amenazas a la seguridad y el orden internacional, etc. Afganistán, Iraq o Libia dan buena cuenta de lo primero. No tanto, Ruanda, Birmania o Siria. Todo... virus informáticos, excesos y violaciones de los Derechos Humanos, torturas y vejaciones, o bombardeos y asesinatos selectivos muestran con transparencia las acciones de Estados Unidos en tanto que *Imperium*, especialmente, en las últimas dos administraciones.

¹⁹ J. Lee Anderson: *La herencia colonial y otras maldiciones*. México D.F.: Sexto Piso, 2012.

²⁰ F. Fukuyama: *The End of History and The Last Man*. Londres: Penguin, 1993.

²¹ S. Huntington: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Madrid: Paidós Ibérica, 2005.

En la segunda parte, de apenas setenta páginas, y sin perder en ningún momento la conexión con la primera, Anderson plantea una revisión bibliográfica sobre la evolución de la teoría de las Relaciones Internacionales, desde Wilson, en la que la referida matriz realista aparece como una constante, más o menos agresiva, más o menos evidente, según el momento. Morgenthau, Spykman, Schwartzenger, Kennan, Kissinger, Cohen, Brzezinski, Cheney, Rice, Waltz, Walt o Mearsheimer, están explícitos o implícitos, y cobran relevancia dos nombres. Uno, Barnett, para quien la victoria de Estados Unidos resulta en tanto la victoria del capitalismo, de modo que hay que poner las miras, en este momento, en romper el sesgo propiciado por la pobreza (p. 230). Otro, Richard, quien plantea las dificultades que pueden provenir del ascenso de los BRIC, y particularmente, de China e India (p. 236).

Sin embargo, Anderson reconoce que el *Imperium* está más fuerte que nunca, en términos militares, dado que la expansión de tropas es la mayor de las últimas décadas; el factor inteligencia está más desarrollado que nunca, y los horizontes de la globalidad comercial transitan en claro beneficio a una potencia que parece haber dejado atrás la crisis financiera del octubre negro de 2008 y su paridad con el euro que, en algún momento, estuvo a punto de ser duplicada y ahora se encuentra de nuevo cerca de una proporción 1:1.

Sea como fuere, de esta hipótesis cabe apreciar, cuando menos, algún cuestionamiento. La emergencia de una Rusia, bajo la presidencia de Putin, de cariz expansionista y beligerante, alejada de las connivencias con Estados Unidos de Yeltsin, a mediados de los 90, o del propio Putin durante el primer mandato de Bush. De otro lado, la creciente presencia de China, tanto en su particular patio trasero asiático como, cada vez más, en el continente africano. Asimismo, la pérdida de presencia en el contexto latinoamericano, una vez consolidado el “giro a la izquierda” y proliferado interesantes esquemas de integración posliberal como Unasur o Celac, que duplican, con la intención de debilitar, las estructuras del espacio interamericano. Finalmente, y aun cuando la Unión Europea se encuentra en la mayor crisis institucional de su historia, tras haber superado tres procesos de recesión económica, sigue acumulando más de la mitad del comercio mundial de modo que, cuando menos, resulta cuestionable aceptar la hipótesis sin paliativos que Anderson lanza y que, en todo caso, responden a la actitud de todo Estado hegemónico de resistir frente a un eventual tránsito hacia la multipolaridad competitiva. Escenario éste en el que la dimensión militar termina siendo nuclear pues, como plantea Anderson, hegemonía y *soft power* son, sencillamente, términos antagónicos (p. 244).